



## *Réquiem para las víctimas del río Gualsinga*

Hace treinta y ocho años, mientras trabajaba con un equipo pastoral en Chalatenango – una de las regiones más conflictivas en El Salvador – acompañé a centenares de sobrevivientes de la masacre del río Gualsinga, huyendo por la noche por las quebradas y cerros bajo la lluvia, escondiendonos en el monte durante el día para escapar de los ojos del ejército invasor y los aviones arriba.

No todos tuvieron la suerte de escapar, como el grupo con que andaba. El 30 de agosto, 1984, centenares de personas fueron cercados por soldados salvadoreños cerca del río Gualsinga, y cuando intentaron huir, 50 de ellos fueron asesinados. Entre las víctimas se encontró una familia que conocía: Dora Menjívar, su niño de cinco meses Luis, su mamá, y un sobrino de cinco meses. Su hermana, quien era sorda y muda, fue gravemente herida en la espalda por una bala.

Según un reportaje del New York Times, dos semanas y media después, “Los sobrevivientes dijeron que entre 300 y 400 campesinos de tres casaríos se cansaron de la caminata de seis millas subiendo los cerros y se quedaron por las riberas del río Gualsinga, cerquita del casarío de Santa Lucía. Por la mañana del 30 de agosto, tropas del Batallón Atlacatl transportados por helicóptero empezaron a cercar el área, según los habitantes. Dijeron cuando se dieron cuenta que el ejército los habían cercado, huyeron por todos lados. Fue entonces, según ellos, que comenzó la balacera.”

Unas pocas semanas antes de la masacre, cenaba con la familia de Dora en una casa abandonada de adobe donde ellos vivían en el casarío de Haciendita. Ella meció su niño

en la hamaca, cantando suavemente - “Dormite niño, cabeza de ayote...” – mientras sentábamos en silencio. Ella y su familia habían sido desplazados unos meses antes de su cantón en Cabanas, donde la guerra había sido aún más feroz y cruel. Como muchos que procedían de tales partes, no conocían bien el terreno donde vivían ahora, y cayeron víctimas a las balas de los soldados mientras huyeron.

En tiempo de guerra, la primera baja es la verdad

Lo que pasó por el río Gualsinga no fue tan fuera de lo normal. Más de 75,000 salvadoreños fueron asesinados durante los doce años del conflicto, la mayoría de ellos asesinados por los cuerpos de seguridad, los escuadrones de la muerte, y el ejército – incluyendo el Batallón Atlacatl, entrenado en la Escuela de las Américas del Ejército de los Estados Unidos en Ft. Benning, Georgia, y responsable, no solamente por la muerte de las víctimas del río Gualsinga, sino también por los seis jesuitas, sus dos trabajadoras domésticas, y otras masacres más.

Ni la respuesta oficial del gobierno de los Estados Unidos a la masacre del río Gualsinga fue tan fuera de lo normal. El 13 de febrero, 1985, casi seis meses después de la masacre, el Sub-secretario del Estado, Elliott Abrams, negó en el programa nacional de televisión – “Nightline” – que hubo una masacre. Enfrentado por Aryeh Neier, de la organización de derechos humanos “Américas Watch,” y reportajes del New York Times, Boston Globe, Miami Herald, y Christian Science Monitor, con testimonios oculares de la masacre, Abrams respondió, “Le estoy diciendo que no habían mayores... no había ninguna masacre en El Salvador en 1984.”

No sería tan trágico si las lecciones de El Salvador y Vietnam, Afganistán e Iraq fuera sencillamente, según el dicho, que “En tiempos de guerra, la primera baja es la verdad.” Esto solamente nos haría un poco más sabios y vigilantes sobre las cosas de guerra y paz, y la veracidad de nuestros gobiernos en tiempo de guerra. La tragedia es que las bajas no terminan con la verdad, más bien incluyen seres humanos, madres como Dora y niños como Luis, quienes cargan con el peso de la guerra y la violencia. Sus vidas no valen menos, ni nuestras vidas más.

El buen pastor no quiere seguridad....

Hace varios años, regresé a El Salvador y me fui a buscar el nombre de Dora en el monumento por el Parque Cuscatlan en San Salvador. El parque estaba vacía, porque la mayoría de los salvadoreños tienen que trabajar para sobrevivir y sostener a sus familias. El monumento mismo es una lista impresionante de los nombres – parecida al monumento de Vietnam en Washington – que honra a las víctimas de la guerra.

Caminé a lo largo del monumento que recorre todos los doce años de guerra – y más – del final de la guerra al comienzo. Cuando llegué a 1989, encontré el nombre de Ignacio Ellacuría, sus hermanos jesuitas, y la madre y su hija asesinados en la UCA.

Cuando llegué a 1987, encontré el nombre de Herbert Anaya, miembro de la Comisión de Derechos Humanos (CDHES) quien fue asesinado mientras puso a sus niños en el carro para llevarlos a la escuela. Marché en su procesión funeraria. Cuando llegué a 1983, busqué el nombre de Marienela García, otro miembro del CDHES quien fue asesinado

por el ejercito mientras acompañaba un grupo de campesinos huyendo de una invasión en Guazapa. Los dos – Herbert y Marienela – eran conocidos míos.

Cuando llegué a 1980, encontré el nombre de Oscar Romero, un nombre mas entre decenas de miles. Recordé a un afiche de Romero colgado en la pared de la casa de adobe que sirvió como un centro pastoral a lado de la casa de Dora en Haciendita. Podia ver, como si fuera ayer, las tejas del techo destruidos por los morteros y sus paredes de adobe llena de balas. En la pared estaba el afiche de Romero, rodeado por gente, en una de sus visitas pastorales a los cantones. Las palabras decian, “El buen pastor no quiere seguridad mientras no le den seguridad a su rebaño.”

Volví a caminar frente la porción del monumento que tenia los nombres de las personas asesinados en 1984. Allí encontré el nombre de Dora – Dora Menjiver – y me paré en silencio un momento. Ella, como la mayoría de las personas en el monumento, no es bien conocida. Su historia es una que pocos conoceran. Si todavía tenga familiares – o a alguien mas quien pudiera parar en frente de su nombre y recordar – no lo se. Pero su nombre da dignidad a los nombres de Ignacio Ellacuría y Oscar Romero. Fue por ella y su niño – y miles mas como ellos – que fueron asesinados.



La gloria de Dios es el pobre vivo

¿Que nos enseñan las víctimas del rio Gualsinga hoy, treinta y ocho años después? Por lo mínimo, expresan en una forma eloquente por su silencio, las palabras proféticas del papa Juan Pablo II, y ahora repetido por el papa Francisco, “La guerra es una derrota para la humanidad.” Nos recuerdan también, en las palabras de su pastor y obispo martir, Oscar Romero, que “La gloria de Dios es el pobre vivo.” Pero hacen mas, mucho mas. Reclaman a nuestras vidas, y nos llaman a ser testigos fieles al Evangelio.

Cuando recuerdo a ese día de agosto en Chalatenando ahora treinta y ocho años después – y recuerdo a Dora cantando suavemente mientras meaba a su niño Luis en la hamaca – quiero dar honor a sus vidas, y a las vidas de tanta gente más, buena y humilde, asesinados en la guerra. Quiero recordar a su bondad, alzar a sus sueños, y honrar a sus aspiraciones a vivir. Ellos querían lo que todos los seres humanos quieren – vida para sus familias y sus hijos, aquella “vida y vida en abundancia” que nos promete el Evangelio.

Que seamos dignos – por nuestra solidaridad con las víctimas, nuestros humildes pero perseverantes esfuerzos a erradicar a la pobreza y a las guerras, y por nuestro compromiso de trabajar incansablemente por la justicia y la paz – de sus nombres. Y fieles al Evangelio que nos llama a defender la vida – aun al costo de nuestras propias vidas – para que gente buena y humilde como Dora y como Luis puedan simplemente gozar de la vida prometida a ellos.

Scott Wright